

573
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2431
.C68
1903
v. 1

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CORINA

LIBRO PRIMERO

OSVALDO

CAPITULO I

Oswaldo, lord Nelvil, par de Escocia, salió de Edimburgo para Italia en el invierno de 1794 á 1795 : tenia una presencia majestuosa, mucho talento; su familia era ilustrísima, y sus riquezas de nadie dependian; pero su salud se hallaba quebrantada por una pena profunda; los médicos le habian aconsejado los aires del meridía, temiendo que llegase á dañarse el pecho, y siguió su dictámen, aunque no miraba con mucho aprecio la conservacion de su vida, esperando encontrar alguna distraccion en la diversidad de objetos que se le iban á presentar. La pena que mas le afligia (la pérdida

de su padre) era la causa de su enfermedad, agravada con circunstancias crueles y con remordimientos inspirados por delicados escrúpulos, y por las fantasmas que mezclaba con ellos su imaginación: el que padece, fácilmente se cree culpado, y los pesares violentos turban hasta la misma conciencia.

Hallábase, á los veinte y cinco años, cansado de la vida; su entendimiento juzgaba de todo sin verlo, y su sensibilidad ofendida, ya no disfrutaba de las ilusiones del corazón: ningún otro era más complaciente y más obsequioso para sus amigos, cuando podía hacerles favor; pero nada, ni aun el bien que hacía, le daba un sentimiento de placer: sacrificaba siempre y fácilmente su gusto al de los demás; pero no bastaba la generosidad sola para explicar aquella abnegación absoluta de todo egoísmo, y debía muchas veces atribuirse á la especie de tristeza que ya no le permitía ocuparse en su propia suerte. Los indiferentes gozaban de su carácter, y les parecía sumamente agradable y precioso; mas los que le amaban advertían que trabajaba en la felicidad ajena, como un hombre que ya no la espera para sí propio; y casi los afligía aquella ventura que daba, sin ser posible volvérsela.

Tenia sin embargo un carácter vario, sensible y apasionado; reunía cuanto podía arrebatarse á los demás, y á él mismo; pero la desgracia y el arrepentimiento le habían hecho tímido con el destino, y pensaba desarmarle no exigiendo nada de él. Es-

peraba encontrar en el rígido cumplimiento de todas sus obligaciones, y en la privación de los placeres vivos, una garantía contra los dolores que desgarran el alma; dábale temor lo que había experimentado, y nada le parecía que merecía en el mundo exponerse á sufrir tales penas; pero ¿quién es capaz de sentir las? ¿qué método de vida puede adoptar que le liberte de padecerlas?

Lisonjébase lord Nelvil de dejar la Escocia sin sentimiento, pues vivía en ella sin placer; mas no está formada así la funesta imaginación de las almas sensibles: no pensaba en los vínculos que le unían á los lugares que más dolor le causaban, á la morada de su padre. Había en aquella morada aposentos y sitios, á que no podía aproximarse sin estremecerse; y no obstante cuando resolvió apartarse de ellos, se sintió todavía en mayor soledad: apoderóse de su corazón una cierta aridez; no era ya dueño de derramar lágrimas cuando padecía, ni podía hacer renacer aquellas leves circunstancias locales que le enternecían profundamente; sus recuerdos carecían de vida, no tenían ya correspondencia con los objetos que le rodeaban, y sin pensar menos en la persona, cuya pérdida lloraba, no alcanzaba con la misma facilidad recordar su presencia.

Algunas veces se arrepentía de abandonar la mansión donde había vivido su padre. ¿Quién sabe, decía entre sí, si las sombras de los muertos pue-

den ir donde quiera en pos de los objetos de su cariño? ; Quizá no les es licito vagar sino en torno de los lugares donde descansan sus cenizas! ; Quizá en este momento me echa de ménos tambien mi padre, y le faltan las fuerzas para llamarme tan de lejos! ; Ah! cuando vivia, ; no ha debido persuadirle un conjunto de sucesos inauditos, que habia sido ingrato á su amor, rebelde á mi patria, á la voluntad paterna, á cuanto hay sagrado en la tierra? — Estos recuerdos causaban á lord Nelvil tan insuportable dolor, que no solo no habria podido confiarlos á nadie, sino que temia detenerse en ellos él mismo. ; Es tan fácil hacernos un daño irreparable con nuestras propias reflexiones!

Cuesta mas abandonar la patria cuando para apartarse de ella es preciso cruzar el mar; todo es solemne en un viaje, cuyos primeros pasos señala el océano; parece que se abre un abismo detras de nosotros, y que la vuelta pudiera hacerse para siempre imposible. Fuera de esto, el espectáculo del mar hace siempre una impresion profunda, es imágen de aquel infinito que atrae continuamente el pensamiento, y en que va continuamente á perderse. Osvaldo, apoyado en el timon, y con la vista fija en las ondas, estaba en la apariencia tranquilo, porque su orgullo y su timidez reunidos, no le consentian casi nunca manifestar aun á sus amigos lo que sentia; pero su interior experimentaba dolorosas sensaciones. Acordábase de aquel tiempo en que el

espectáculo del mar animaba su juventud con el deseo de romper las olas á nado, y medir contra ellas sus fuerzas. — ; Por qué, decia con amargo sentimiento, por qué he de entregarme sin descanso á la reflexion? ; Causan tanto placer una vida activa, y aquellos ejercicios violentos que hacen sentir la energía de la existencia! La misma muerte entónces parece un acaecimiento, tal vez glorioso, imprevisto á lo ménos, y no precedido de decadencia; pero la muerte que llega sin que la haya buscado el valor, la muerte de las tinieblas que nos roba en medio de la noche lo que mas amamos, despreciando nuestros dolores, rechazando nuestro brazo, y oponiéndonos sin compasion las leyes eternas del tiempo y de la naturaleza; esa muerte inspira una especie de menosprecio al destino humano, á la impotencia del dolor, y á todos los vanos esfuerzos que dan y se estrellan en la necesidad.

Tales eran los sentimientos que atormentaban á Osvaldo; y lo que caracterizaba la desventura de su situacion, era la viveza de la juventud unida á los pensamientos de otra edad: identificábase con las ideas que debieron ocupar á su padre en los tiempos postreros de su vida, y daba el ardor de veinte y cinco años á las reflexiones melancólicas de la vejez. Se hallaba cansado de todo, y no obstante suspiraba por la felicidad, como si hubiera conservado sus ilusiones; y esta oposicion enteramente contraria á la voluntad de la naturaleza, que sigue en el órden de

las cosas un plan completo ó sucesivo, causaba turbacion en el alma de Osvaldo ; pero sus modales exteriores tenian siempre mucha suavidad y armonía, y su tristeza, léjos de darle mal humor, le inspiraba todavía mayor condescendencia y bondad.

Dos ó tres veces empezó á commoverse el mar en la travesía de Harvic á Embden : lord Nelvil daba consejos á los marineros, á los pasajeros consuelo, y cuando servia él mismo en la maniobra, cuando ocupaba por un instante el lugar del piloto, mostraba en cuanto hacia una destreza y un vigor, que no debian considerarse como simple efecto de la flexibilidad y de la ligereza del cuerpo, porque el alma tiene parte en todo.

Llegado el caso de separarse, toda la tripulacion rodeaba á Osvaldo para despedirse de él : dábanle gracias de mil leves favores que les habia hecho, y de que él ya no se acordaba : ora un niño á quien habia divertido mucho tiempo ; ora mas frecuentemente un anciano, á quien habia servido de apoyo, cuando el viento agitaba el bajel. Quizá jamas se habia visto igual olvido de toda personalidad ; sus dias pasaban sin que tomase un momento para sí ; los entregaba á los demas por benevolencia y por melancolía. Al dejarle, casi todos los marineros á un tiempo le dijeron : *¡Querido señor, hágaos el cielo dichoso!* Sin embargo, Osvaldo no habia manifestado ni siquiera una vez su pena, y los hombres de otra clase que habian hecho el tránsito en su com-

pañía, no le hablaron ni una palabra de ella ; pero lagente del vulgo, á quien sus superiores rara vez se confian, se acostumbra á descubrir los sentimientos sin necesidad de hablar : nos compadece cuando nos ve afligidos, aunque ignora la causa de nuestros disgustos, y su lástima espontánea no va mezclada con baldon ni consejo.

CAPITULO II

Viajar, por mas que quieran decir, es uno de los gustos mas tristes de la vida. Si uno comienza á encontrarse bien en una ciudad extranjera, es porque empieza á crearse allí una patria, pero atravesar tierras desconocidas, oír hablar un idioma que apenas se entiende, ver semblantes humanos sin correspondencia con lo pasado ni con lo venidero, es soledad y abandono, sin descanso y sin dignidad ; porque aquella ansia, aquella prisa de llegar donde nadie nos espera, aquella agitacion, cuya única causa es la curiosidad, inspiran poca estimacion de nosotros mismos, hasta que los objetos nuevos se hacen antiguos, y crian en torno de nosotros algunos dulces lazos de sentimientos y de costumbres.

Sintió pues Osvaldo aumentarse su tristeza al cruzar por Alemania para ir á Italia: era entónces preciso, con motivo de la guerra, huir de Francia y de sus cercanías; y era tambien forzoso apartarse de los ejércitos que hacian intransitables los caminos. Aquella necesidad de pensar en las menudencias materiales del viaje, de tomar cada dia y casi á cada instante una resolucion nueva, era insoportable para lord Nelvil: su salud, en lugar de mejorarse, le obligaba á detenerse con frecuencia, cuando hubiera querido apresurarse á llegar, ó á lo ménos á partir: arrojaba sangre, y se cuidaba muy poco, porque se tenia por delincuente, y se acusaba á sí mismo con excesiva severidad: solamente vivia por defender su patria. — ¿La patria, decia entre sí, no tiene sobre nosotros algunos derechos paternales? Pero es necesario poder servirla con provecho, y no ofrecerle la flaca existencia que yo arrastro, caminando á pedir al sol algunos principios de vida para luchar con mis males. Un padre, y nadie mas, nos recibiria en semejante estado, y nos amaria mas á proporcion que nos dejasen mas desvalidos la naturaleza ó la fortuna.

Lord Nelvil se habia lisonjeado de que la variedad de objetos exteriores distraeria algun tanto su imaginacion de las ideas habituales; pero en los principios se halló muy distante de experimentar tan felices efectos; porque despues de una desgracia, es menester familiarizarnos de nuevo con todo

lo que nos rodea, acostumbrarnos á los semblantes que volvemos á ver, á la casa donde vivimos, á los hábitos diarios, á que lemos de tornar; cada uno de estos esfuerzos es una commocion violenta, y nada los multiplica tanto como un viaje.

El único placer de lord Nelvil era recorrer las montañas del Tirol, en un caballo escoces, que habia traído consigo, que como todos los caballos de aquel país, galopaba trepando á los altos: apartábase del camino real para atravesar por las sendas mas escarpadas; los aldeanos admirados clamaban al pronto con espanto viéndole de aquella manera á la orilla de los precipicios, y luego palmoteaban, atónitos de su valor. Osvaldo gustaba de la commocion del peligro, porque alivia el peso del dolor, y reconcilia momentáneamente con la vida recobrada, y que es tan fácil perder.

CAPITULO III

En la ciudad de Inspruc, ántes de entrar en Italia, oyó Osvaldo contar á un negociante, en cuya casa se detuvo algun tiempo, la historia de un emigrado frances. llamado el Conde de Erfeuil, que le

interesó mucho en su favor : habia llevado con suma serenidad la total pérdida de sus cuantiosos bienes : habia vivido y hecho vivir, con su habilidad en la música, á un tio anciano, á quien cuidó hasta la muerte : habia rehusado constantemente los favores pecuniarios con que le brindaron : habia mostrado el valor mas brillante durante la guerra, y la alegría mas inalterable en medio de los reveses ; y deseando ir á Roma para ver á un pariente suyo, de quien debia heredar, buscaba un compañero, ó mas bien un amigo con quien hacer mas agradablemente el viaje.

Los recuerdos mas dolorosos de Nelvil procedian de la Francia ; y no obstante se hallaba exento de las preocupaciones que separan á los dos pueblos, porque habia tenido un íntimo amigo frances, en quien encontró la reunion mas admirable de todas las prendas del ama. Ofreció pues al negociante, que le contó la historia del Conde de Erfeuil, llevar aquel noble y desgraciado jóven á Italia ; y el negociante volvió, pasada una hora, á hacer saber á lord Nelvil que su proposicion quedaba aceptada con gratitud. Osvaldo se complacia en este favor ; pero le era muy sensible renunciar á la soledad, y su timidez padecia viéndose de repente en una conexion habitual con un hombre desconocido.

Visitó á lord Nelvil el Conde de Erfeuil para darle gracias : tenia modales muy finos, una cortezanía sencilla y elegante, y á primera vista ya manifestaba la mayor franqueza : admiraba al verle que

hubiese padecido tanto, porque soportaba con un valor, que casi tocaba en olvido, su infeliz suerte, y acompañaba á su conversacion una ligereza verdaderamente portentosa cuando hablaba de sus propios infortunios ; pero ménos notable, es fuerza confesarlo, cuando se extendia á otros puntos.

— Debo daros muchas gracias, milord, dijo el Conde de Erfeuil, por sacarme de esta Alemania, donde me consumia el tedio. — Sin embargo, respondió lord Nelvil, sois generalmente apreciado y querido en este país. — Tengo en él amigos, cuya ausencia sentiré en extremo, repuso el Conde de Erfeuil, porque aquí se encuentra la mejor gente del mundo ; pero no sé ni una palabra de aleman, y vos convendreis conmigo en que es cosa larga y pesada aprenderle en mi edad y en mis circunstancias. Desde que tuve la desgracia de perder á mi tio, no sé en qué emplear el tiempo : cuando tenia que pensar en cuidarle, se pasaba prontamente el dia ; pero las veinte y cuatro horas me parecen ya un siglo. — La delicadeza que habeis mostrado con vuestro señor tio, dijo lord Nelvil, inspira en vuestro favor la mas profunda estimacion, y el aprecio mas sincero. — No he hecho mas que cumplir con mi obligacion, respondió el Conde de Erfeuil ; el pobre me habia colmado de beneficios durante mi niñez ; jamas le habria yo abandonado aunque viviera cien años. Pero para él es fortuna haberse muerto ; y quizá tambien lo seria para mí, añadió

riéndose, porque no me quedan muchas esperanzas en este mundo. He hecho cuanto he podido en la guerra para que me matasen; una vez que la suerte no lo ha querido, es preciso vivir lo mejor que pueda. — Yo me felicitaría de mi llegada á esta ciudad, respondió lord Nelvil, si os halláseis bien en Roma, y si... — ¡ Oh Dios! yo me hallaré bien en todas partes, interrumpió el Conde de Erfeuil; con juventud y buen humor todo se compone. No he adquirido mi filosofía en los libros ni en la meditacion, sino en el conocimiento del mundo y de las desgracias; y ya veis que no sin fundamento fio en el acaso, pues me ha proporcionado la ocasion de viajar en vuestra compañía. Diciendo estas palabras saludó á lord Nelvil con suma finura, preguntóle la hora de la partida, y se retiró.

El Conde de Erfeuil y lord Nelvil marcharon al día siguiente. Osvaldo, despues de la primeras frases de urbanidad, estuvo muchas horas callado; pero advirtiendo que su silencio cansaba á su compañero, le preguntó si se alegraba de ir á Italia. — Ya sé, respondió el Conde de Erfeuil, la opinion que debo tener de ella, y no espero divertirme mucho. Un amigo mio que ha pasado en Italia seis meses, me ha dicho que en cualquiera provincia de Francia hay mejor trato y mejor coliseo que en Roma; pero sin duda encontraré en esa antigua capital del orbe algunos Franceses con quien hablar, y eso es mi único anhelo. — ¿ No habeis tenido alguna vez

enintcion de aprender el italiano? interrumpió Osvaldo. — No, jamas, replicó el Conde, no era parte de mi plan de estudios. — Y mostró al decir esto una seriedad que hubiera podido dar motivo para inferir procedia de una resolucion fundada en graves razones.

— Si quereis que os hable con claridad, continuó el Conde de Erfeuil, no gusto, en cuanto á nacion, mas que de los Ingleses, y de los Franceses; es preciso ser orgullosos como ellos, ó brillantes como nosotros: todo lo demas es imitacion. — Osvaldo calló, y el Conde de Erfeuil, pasados algunos instantes, volvió á la conversacion con reflexiones y agudezas sumamente agradables; jugaba con las voces y con las frases de un modo muy ingenioso; pero no eran materia de sus discursos ni los objetos exteriores ni los sentimientos íntimos; su conversacion, digámoslo así, no procedia ni de afuera ni de adentro; pasaba entre la reflexion y la fantasia, y su único asunto eran las relaciones de la sociedad. Nombraba veinte nombres propios de Francia, ó de Inglaterra, preguntando á lord Nelvil si los conocia, y con aquel motivo contaba anécdotas chistosas con infinita gracia: pero oyéndole, parecia que la única conversacion propia de un hombre de gusto, era, si podemos decirlo así, el chismear de la concurrencias distinguidas.

Lord Nelvil reflexionó algun tiempo sobre el carácter del Conde de Erfeuil; sobre aquella mezcla

singular de valor y de frivolidad; aquel desprecio de la desgracia, tan magnánimo, si hubiese costado mas esfuerzos, tan heroico, si no dimanara del mismo principio que hace incapaz de afectos profundos. — Un Inglés, decia entre sí Osvaldo, estaria sumergido en la mas negra tristeza en iguales circunstancias. ¿De dónde procede el aliento de este Frances? ¿de dónde, al mismo tiempo, su volubilidad? ¿Sabe en efecto el Conde de Erfeuil el arte de vivir? ¿No estoy mas que enfermo, cuando me juzgo superior á él? ¿Su existencia ligera conviene mejor que la mia con la rapidez de la vida? ¿y debemos huir de la reflexion como de un enemigo, en lugar de entregar á ella toda nuestra alma? — En vano hubiera salido Osvaldo de todas estas dudas; nadie puede dejar la region intelectual que se le ha señalado, y las prendas son todavía mas indomables que los defectos.

El Conde de Erfeuil no atendia á Italia, ni permitia apenas que la contemplase lord Nelvil, porque continuamente le distraia de la disposicion que hace admirar un hermoso pais, y sentir su pintoresco encanto. Osvaldo prestaba el oido, en cuanto podia, al sonido del viento, y el murmullo de las olas, porque todas las voces de la naturaleza hacian mas bien á su alma, que las conversaciones de la sociedad á la falda de los Alpes, en medio de las ruinas, y á la orilla del mar.

La misma tristeza que consumia á Osvaldo, hu-

biera sido menor obstáculo al placer que podia disfrutar en Italia, que la alegría del Conde de Erfeuil: las penas de un alma sensible pueden conciliarse con la contemplacion de la naturaleza y el goce de la bellas artes; pero la frivolidad, con cualquiera forma que se presente, priva de su fuerza á la atencion, al pensamiento de su originalidad, y de su profundidad al sentimiento. Uno de los efectos raros de aquella frivolidad era inspirar suma timidez á lord Nelvil en su trato con el Conde de Erfeuil: casi siempre se ve turbado el que tiene carácter mas grave; la superficialidad ingeniosa domina y engaña al entendimiento reflexivo, y el que se llama dichoso pasa por mas cuerdo que el que padece.

Et Conde de Erfeuil era afable, obsequioso, fácil en todo, únicamente serio en el amor propio, y digno de ser amado como amaba, esto es, como un buen compañero de placeres y de peligros; pero nada inteligente en tomar parte en las penas. Cansábale la melancolía de Osvaldo, y tanto por buen corazon como por gusto, hubiera deseado desvanecerla. — ¿Qué os falta? le decia muchas veces. ¿No sois jóven, rico, y si quereis teneis buena salud? Porque vos no estais enfermo, sino porque estais triste. Yo he perdido mis riquezas, mi fortuna, no sé qué será de mí, y no obstante gozo de la vida como si poseyera todas las prosperidades de la tierra. — Vos teneis un valor tan raro como digno de respeto, respondió lord Nelvil; pero los infortu-

nios, que habeis experimentado, duelen ménos que las penas del corazon. — ¡ Las penas del corazon! exclamó el Conde de Erfeuil; ¡ oh! sí por cierto, son las mas crueles... Pero... pero al cabo tambien es preciso consolarse de ellas; porque un hombre juicioso debe arrojar de su alma todo aquello que no es útil ni para él ni para los demas. ¿ No estamos en este mundo para ser primero útiles y luego dichosos? Atengámonos á esto, amado Nelvil.

Lo que decia el Conde de Erfeuil era fundado, segun el sentido comun de esta voz, porque tenia, bajo muchos respectos, lo que se llama un buen entendimiento: los caractéres apasionados harto mas que los ligeros, son capaces de locura; pero léjos de que su modo de sentir excitase la confianza de lord Nelvil, hubiera deseado poder afirmar al Conde de Erfeuil que era el hombre mas feliz, por evitar el disgusto que le causaban sus consuelos.

Sin embargo el Conde de Erfeuil se aficionaba mucho á lord Nelvil; su resignacion, su sencillez, su modestia y su orgullo, le inspiraban una consideracion de que no podia prescindir: agitábase en torno de la exterior tranquilidad de Osvaldo; procuraba acordarse de todas las cosas mas graves que habia oido en su infancia á sus padres ancianos, á fin de probarlas con lord Nelvil; y admirado en extremo de su aparente frialdad, que jamas lograba vencer, decia para sí: — ¿ Por ventura no tengo yo bondad, franqueza, valor? ¿ no soy amable en la

sociedad? ¿ qué es pues lo que me falta para hacer efecto en este hombre? ¿ ó no hay entre nosotros alguna falta de inteligencia, quizá nacida de que no sabe bastante bien el frances?

CAPITULO IV

Un acontecimiento imprevisto aumentó mucho el sentimiento de respeto que ya experimentaba el Conde de Erfeuil, sin saberlo, hácia su compañero de viaje. La salud de lord Nelvil le habia precisado á detenerse algunos dias en Ancona: los montes y el mar hacen hermosísima la situacion de aquella ciudad, y la multitud de Griegos que trabajan delante de sus tiendas, sentados al estilo oriental, y la diversidad de los trajes de los habitantes de Levante que se encuentran por las calles, le dan un aspecto interesante y original. El arte de la civilizacion propende siempre á hacer semejantes á los hombres en la apariencia, y aun en la realidad; pero el ánimo y la fantasía se complacen en las diferencias que caracterizan á las naciones: los hombres solo se parecen por afectacion ó por cálculo; mas todo lo natural es variado: por esto es un pla-